

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 35 AÑO 1999

TEMA 10: OTROS TEMAS

TÍTULO: **LA CULTURA DEL ENTRETENIMIENTO**

AUTOR: *Jordi Mota*

Quizás nunca ha habido tantas exposiciones diferentes, conciertos, representaciones de teatro, cine, ballet... y sin embargo el nivel cultural de la sociedad es cada vez más bajo, la falta de inquietudes de la juventud es inquietante y la pérdida de un profundo sentido del arte y la cultura, nos hace recelar un mundo espantoso, donde el arte habrá acabado de desaparecer para siempre. ¿Cómo es posible decir que el arte va a desaparecer si cada vez hay más manifestaciones artísticas?

La cultura de hoy no se basa en el arte creativo, profundo y conmovedor, sino en el entretenimiento. Para los que la dirigen el mejor cuadro es un billete de mil dólares, y su forma de valorar el arte se basa en los mismos criterios que se emplean para valorar las acciones, no es posible esperar nada trascendente. Para el hombre de hoy todo es entretenimiento, hoy toca ver al tirador de cuchillos, mañana al ahombre que traga fuego y pasado toca "Parsifal". Todo es lúdico, todo es pasar el rato y todo es cultura. Los dirigentes culturales nacidos alrededor del arte abstracto y de las vanguardias, tienen un concepto del arte diferente del que ha prevalecido a lo largo de la historia, para ellos el arte es un entretenimiento experimental, de formas, de colores, de originalidades, de gesto, de "diseño", lo importante es ser original y ahí acaba todo. El arte abstracto, las vanguardias, pueden ser buenas o malas, pero en todo caso nunca son trascendentes. El "artista" moderno desconoce totalmente la posibilidad de conmoverse en la contemplación del arte, al escuchar música, al leer poesía... Su sentido del arte es pasar el rato, y su sentido del disfrute artístico es también el mismo, entretenerse. Hacer tiempo entre la comida y la cena del sábado y domingo, porque el resto de la semana ya lo tiene ocupado o trabajando el que es industrial u obrero, o buscando subvenciones el que es "artista" moderno.

Hoy día la gente se “abona” a una serie de espectáculos que incluyen teatro experimental, habaneras, música étnica (es decir del tercer mundo, pues la tirolesa, escocesa o irlandesa, según parece no es étnica), ópera, conciertos o variedades. Así es habitual escuchar siempre un mismo tipo de aplauso, ni fuerte ni flojo, ni largo ni corto, es el aplauso que todo lo aplaude igual, el aplauso son criterio, sin convicción, sin entusiasmo. Si en vez de aplaudir se echasen monedas a los actores como antaño, ese espectador de hoy se limitaría a preguntar la moneda que tenía que tirar y siempre tiraría la misma. Así podemos ver como en los conciertos se aplaude entre los movimientos de una sinfonía, o en las obras de teatro clásico de la misma manera se aplaude una obra buena que una mala -en cuanto al texto escrito- y lo mismo una buena puesta en escena que una mediocre o deplorable.

El público de los cada vez más numerosos actos culturales, no tiene criterio. Ha perdido su capacidad de raciocinio pues nunca puede ver dos espectáculos o exposiciones iguales, hoy será el arte pre-colombino, otro día figuras del África negra y el tercero una exposición monográfica de un pintor del que nunca ha oído hablar y del que nunca más volverá a saber nada.

El afán de investigación, de conocimiento ha desaparecido y ha sido sustituido por el afán de entretenerse. Se ha perdido la curiosidad, no hay tiempo para profundizar en nada. No podemos investigar la obra del artista cuya exposición no ha entusiasmado, porque mañana la cambian y la nueva está dedicada a la cerámica china, y la semana siguiente toca una monográfica sobre los dibujos a pluma de Kokoschka recientemente descubiertos en un armario, o la poesía experimental de un autor polaco de nombre impronunciable y ocasionalmente, para animar un poco el ambiente, se programan exposiciones sobre el erotismo o instrumentos de tortura y ya todo está perfecto, además claro de las inevitables Barcelona ayer, Barcelona mañana, Barcelona hoy, el pasado de Barcelona, su futuro, Barcelona para vivir, Barcelona para morir, la Barcelona que proyectamos y toda una serie de actividades centradas en mirarse el ombligo desde diferentes ángulos. A la pregunta sobre cualquiera de estas exposiciones, los que las han visitado nos dirán generalmente: “Está bien”. Todo está bien. Nada está muy bien ni muy mal, todo está simplemente bastante bien. ¿Y qué les ha quedado de todo lo

que han visto? ¡Nada! No se acuerdan ni de la población de donde era la horripilante máscara africana, ni del nombre -¡ni nacionalidad!- de la exposición monográfica de aquel pintor en uno de cuyos cuadros se veía una original sartén con cuatro mangos, que es todo lo que recuerdan de su fugaz visita, eso sí pagando sus buenas 500 pesetas por un cuarto de hora de entretenimiento. Exposición claro promocionada por La Caixa, -la obra social parece que ha desaparecido!- y en la que han colaborado TV3, El Periódico, Coca Cola, La Generalitat, Diputación, Ministerio de Cultura y algún que otro Ayuntamiento. Uno se pregunta ¿para que querrán esas 500 pesetas cuya recaudación no llegará a cubrir ni un uno por mil del dispendio realizado?

El más modesto obrero del “coro Clavé de la Maquinista” de hace medio siglo, tenía infinitamente más cultura que el visitante actual de una exposición pese que pueda acreditar tres carreras, seis masters y cuatro idiomas.

Yo empecé a trabajar después de la “mili” en una pequeña fábrica donde el propietario, que no tenía ningún título universitario, era un entusiasta del arte románico. Su padre había aprovechado la guerra civil para, con considerable riesgo de su vida, recuperar tallas religiosas que iban a ser quemadas y pasada la contienda se dedicó, con su hijo, a restaurarlas. Con unas gafas provistas de una lente de aproximación iba quitando de la talla románica, primero la capa de pintura barroca, después la pintura gótica y con frecuencia debajo no había nada más, pero si efectivamente se había conservado la original pintura románica, aquella talla no tenía comparación en el mundo, pues ningún museo se aventuraba a retirar la capa de pintura gótica. En una ocasión el British Museum de Londres le escribió una carta proponiéndole comprar una figura del rey Fernando el Católico que tenían, pues el museo tenía la de Isabel y les preguntaban cuanto pedían por dicha talla. La respuesta fue sencilla: “¿Cuanto piden Vdes. por la suya?”. Este señor, un típico industrial catalán que llenaba su casa de obras de arte en vez de electrodomésticos, me dijo en una ocasión que lo primordial para lograr la educación de los hijos es fomentar en ellos el coleccionismo. Cualquier tipo de colección supone derivar hacia épocas, países, costumbres... Y ese es otro de los valores que se han perdido. El modesto trabajador que colecciona sellos usados de escaso valor, tiene una cultura general infinitamente más grande que la del universitario recién

acabado. Las librerías anticuarias se quejan de que han desaparecido los coleccionistas, ahora los libros se venden más caros, se cotizan ediciones raras de bibliófilo que quedan muy bien en la biblioteca, algunos me han asegurado que les han pedido cinco metros de libros de lomo bonito. Por lo demás el resto de libros que hay en las escasas bibliotecas privadas de la gente normal, son los premios Planeta u otros; las novelas de moda, los manuales de ordenador, o los inevitables libros de cocina para las amas de casa que no aprendieron a cocinar en su juventud. ¿Y en cuanto a pintura? Un buen amigo pintor me lo resumió hace muy poco cuando comentando una visita ocasional que había realizado a la casa de un prominente político me dijo estupefacto: “No tenía ningún cuadro en toda la casa. ¡Ni el Guernica!”

¿Hemos de concluir que el hombre actual es más tonto que el de hace unos años?. ¡En absoluto! Probablemente es más inteligente y está más capacitado para crear y para recrearse. Únicamente se le ha privado de un don: la iniciativa. Todo le viene programado. Se ha convertido en un “adicto” al entretenimiento experimental. De la misma manera que en el arte carece de criterio, también en sus vacaciones hoy irá a la playa, mañana a la montaña, pasado a la Feria de Sevilla, y al otro a la India, sin olvidar ninguna incursión en los deportes de aventura, una clases de ski, algunas horas de surf y, evidentemente, un paseo en bicicleta por los carriles señalados. En Cataluña hay más gente que nunca en la montaña, pero el excursionismo ha decrecido, hay más gente en todas partes, pero hay menos aficionados a cada una de las cosas en cada parte. Decía Schumann: “Estoy ya acostumbrado a que mis composiciones, aún las mejores y las más profundas, no sean comprendidas a su primera audición por la gran mayoría del público” y Wagner ya le dijo a Joaquim Marsillach que su música gustaba más cuanto más se escuchaba. ¿Acaso no sabemos todos con absoluta certeza que a la segunda lectura de un libro, descubrimos valores que nos pasaron desapercibidos, y lo mismo a la tercera y la cuarta?. De la misma manera todavía hoy descubrimos cosas nuevas en Wagner. La cultura del entretenimiento les roba a las más altas mentes la posibilidad de conocer las obras más grandes y profundas, pues no les deja tiempo para reflexionar, para analizar, para estudiar... inmediatamente hay otra ya nueva y diferente actividad a la que debe obligatoriamente asistir

para enriquecer su multiculturalidad que como los multicines presentan grandes películas en pequeñas pantallas y muchas diferentes y de valores diversos. Eso es también la multiculturalidad.

No queda muy claro que es lo que podemos hacer nosotros para enderezar este camino torcido por el que ha derivado el arte. Posiblemente podemos hacer poco. Quizás nada. Pero al menos tenemos que intentarlo. No podemos guardar para nosotros este *Santo Grial* que nos ilumina y nos infunde fuerzas, que da sentido a nuestras vidas. Hemos de compartirlo, tenemos que extender su influencia y buscar esos hombres puros capaces de percibirla. El wagnerismo, a diferencia de otros sectores del arte, es algo dinámico, todos lo sabemos. Hemos de comunicar nuestros sentimientos, hemos de divulgarlos pues la profunda y vivificante influencia que ha tenido en nuestras vidas, queremos compartirla y hacerla asequible al mayor número de personas posible. Nos enfrentamos al mundo de la cultura, del dinero, a una nueva manera de vivir, pero también los misioneros alzando la cruz de Cristo se dirigieron a los bárbaros del Norte y los convirtieron. Creer que el poder y el dinero tienen más fuerza que el idealismo y la compasión, es valorar bastante mal a nuestros conciudadanos. No. el poder y el dinero no valen nada, frente a ellos surge el mensaje de *Brunilda* que saltando con su caballo sobre las llamas nos muestra la esperanza en ese portentoso tema, donde se resume la historia de la música y de la humanidad: "La redención por Amor". El amor siempre vence al oro.